

tas aparentes, se alegraba de que Federico Guillermo, desprovisto de toda otra alianza, permaneciese como aprisionado bajo la protección del zar. En su universal generosidad, Napoleón supo evitar esta humillación al monarca prusiano. Prusia había concurrido, en 1841, al convenio relativo al cierre de los Dardanelos; como el examen de este convenio se hallaba comprendido en el programa de las conferencias, el Sr. Walewski, en la sesión del 28 de febrero, propuso á sus colegas que se mandase una invitación á Berlín para este objeto especial. La invitación partió el 10 de marzo y fué aceptada en seguida. En 16 de marzo, el Sr. de Manteuffel, primer ministro del rey Federico Guillermo, llegó á París, y, acompañado del Sr. de Hatzfeld, se sentó, dos días después, á la mesa del congreso. Recibido con alguna frialdad por sus colegas, el Sr. de Manteuffel vióse compensado grandemente por la cortés hospitalidad del emperador. Empleáronse todos los medios oportunos para borrar toda huella de la exclusión de que había sido objeto. Le fueron comunicados todos los protocolos. Tomó parte en todas las reuniones hasta la clausura del congreso. No sólo figuró en el acta que confirmó el convenio de los estrechos, sino que también firmó el tratado general de paz.

El 30 de marzo, después de una sesión aparatosa consagrada á las firmas, los plenipotenciarios fueron á las Tullerías con el objeto de ofrecer sus respetos á Napoleón III y anunciarle el coronamiento feliz de su obra. Fuese por casualidad ó fuese por cálculo, hacía cuarenta y dos años, día por día, que los ejércitos aliados habían hecho su aparición en las alturas de Montmartre. El emperador triunfó modestamente, dió las gracias á los plenipotenciarios y formuló la esperanza de una concordia duradera. Felicitóse, sobre todo, de que la paz no imponía ninguna humillación á Rusia. ¡No humillar á Rusia! Tal era, efectivamente, en aquel momento, la idea fija de Napoleón III. Fuese por cansancio de la lucha, fuese por magnanimidad natural, fuese por deseo de una alianza íntima, llevaba su deseo de favorecer á su adversario al extremo de borrar él mismo todas las huellas, demasiado visibles, de sus victorias. Poco tiempo después, uno de los plenipotenciarios del congreso, el Sr. de Bourqueney, decía al Sr. de Beust: «Cuando lee uno el tratado del 30 de marzo, ninguna señal aparente revela quién es el vencedor y quién el vencido (1).»

V

Para los diplomáticos la costumbre es una religión, y una religión que á menudo ocupa en ellos el puesto de todas las otras. De todas las costumbres consagradas por la tradición, una de las más venerables consiste en no darse nunca prisa y en amenizar el trabajo con muchas diversiones. Los plenipotenciarios del congreso se habían reunido con lentitud: continuaron su obra lentamente, y lentamente leyeron una y otra vez los artículos del tratado, los comprobaron, pesaron las palabras y hasta la puntuación. Quizá hubieran prescindido de aquel solemne formalismo si hubiesen podido ver los desastres que cada día de retraso ocasionaba.

Con los combates no habían terminado los sufrimien-

(1) M. de Beust, *Mémoires*, tomo I, pág. 162.

tos del ejército de Crimea. Después de un otoño relativamente hermoso, la temperatura había bajado de pronto. El frío se hizo tan intenso que el termómetro bajó en algunos puntos hasta 24 grados centígrados. El abrigo que ofrecían las tiendas era insuficiente. Los veteranos estaban gastados por la fatiga, y los bisoños mal aguerridos contra tan ruda existencia. Durante el año anterior, las peripecias de la lucha habían mantenido una saludable excitación. Con la caída de Sebastopol se había extinguido aquella fiebre y en todo el mundo dominaba un deseo único, el de volver á su hogar. Alojados en barracas bien cerradas, provistos de víveres en abundancia, escrupulosamente sujetos á todas las prescripciones de la higiene, los ingleses soportaban sin pérdidas notables los rigores de la estación, y este segundo invierno fué para ellos la revancha del primero. La suerte de los nuestros fué muy distinta. A partir del mes de diciembre, el escorbuto, la disenteria y las afecciones del pecho llevaron un extraordinario número de enfermos á las ambulancias. Pero estos males fueron nada en comparación con otro más terrible, el tifus. A los primeros síntomas, se quiso dudar; pero pronto hubo necesidad de rendirse á la evidencia. Era aquel mismo *tifus de los ejércitos* que, en 1813, después de la derrota de Leipzig, se declaró en los hospitales á orillas del Rhin, haciendo tantas víctimas. La epidemia determinó en diciembre 323 defunciones, en enero 464, en febrero 1.435 y en marzo 1.830; después disminuyó rápidamente. El número de atacados de tifus que sucumbieron ascendió, en Crimea, á 4.052, y su cifra total fué de 5.689 si se cuentan los evacuados que expiraron en Constantinopla (2). La estadística es aún más dolorosa si á los estragos del tifus se añaden los de las demás enfermedades. Durante aquel funesto invierno entraron en los hospitales de Crimea más de 47.000 hombres, de los cuales murieron cerca de 9.000 (3).

La epidemia empezaba á decrecer, y los primeros verdores de la primavera reanimaban un poco los tristes vivaques, cuando llegó á los campamentos (1.º de abril) la noticia del tratado definitivo. Los días siguientes fueron consagrados á fiestas, revistas y recompensas. Ingleses y franceses cambiaron condecoraciones y medallas. Mientras en París el emperador elevaba á la dignidad de mariscal á los generales Canrobert y Bosquet, que habían regresado á Francia hacía tiempo, el comandante en jefe distribuía cruces y concedía grados que nunca fueron más justos. Nada se oponía ya á que rusos y franceses hicieran suceder á los rigores de la guerra los testimonios de su mutua cortesía. En las alturas de Mackenzie, el general Luders, que había reemplazado al príncipe Gortchakof, dió á sus enemigos de ayer el espectáculo de una revista. A estas atenciones los aliados correspondieron de pronto con un brillante *carrousel*; después, en una grandiosa fiesta militar, desplegaron ante el general en jefe ruso los batallones más vistosos de su ejército. Cada cual se apresuraba á recorrer por última vez los remotos parajes que sin duda no volvería á ver. Unos cruzaban por entre las ruinas de Sebastopol, gigantesco montón de escombros en que

(2) Cuadro estadístico del Dr. Scrive, médico inspector del servicio de sanidad de los ejércitos (*Statistique médico-chirurgicale de l'armée de Crimée*, págs. 278 y 346).

(3) Scrive, pág. 280.

nada subsistía, pues los aliados, pocos días antes del armisticio, habían volado los docks, el fuerte Nicolás y el fuerte Alejandro, consumando así las destrucciones. Otros iban á Kamiesch, extraña ciudad nacida de la guerra y destinada á desaparecer con ella: allí se agitaban mercaderes de todo origen, judíos, griegos, levantinos, etc., únicos á quienes desconcertaba la paz, porque habían hecho grandes acopios y no se consolaban de ver agotada la fuente de sus beneficios. Otros, antes de partir, tomaban al lápiz apuntes de los sitios en que habían vivido, combatido y sufrido tanto. Muchos se ocupaban en recoger armas, cascos de proyectiles, recuerdos de toda clase, modestos trofeos que iban á adornar su casa como testimonios de su vida militar. Un piadoso celo conducía sobre todo muchos hombres á visitar los cementerios: nadie contemplaba sin emoción aquellos sagrados recintos agrandados, y anublaba la alegría del regreso el recuerdo de los que la tierra de Quersoneso guardaría para siempre.

Mientras tanto, la marina desplegaba todos sus recursos para embarcar hombres, caballos y material. La tarea era tan penosa y difícil como ingrata. Se tuvo que renunciar á transportar los caballos, la mayor parte de los cuales fueron vendidos en Turquía. La evacuación empezó en abril, continuó en mayo, y á últimos de junio había concluido casi enteramente. Al paso que la administración militar juzgaba la operación muy larga, los almirantes se quejaban, por el contrario, de la excesiva carga de los buques (1). Pelissier se había propuesto en un principio preceder á las tropas en su regreso, pero, aconsejado por el mariscal Vaillant, decidió partir el último. El 4 de julio, Kamiesch y el Quersoneso fueron devueltos á las autoridades rusas. Al día siguiente, el comandante en jefe tomó pasaje á bordo del *Roland*. Pocas horas después, Sebastopol había desaparecido á los ojos de nuestros últimos soldados.

VI

Así terminó la guerra de Crimea, expedición modesta en su origen, que se convirtió gradualmente en una inmensa empresa. Raras veces los hombres miden de antemano todo el alcance de sus designios. Cuando el emperador Nicolás aventuraba sus famosas confidencias á sir Seymour, cuando el príncipe Menschikof ostentaba en Constantinopla el insolente aparato de su poder dominador, cuando Francia é Inglaterra enviaban sus flotas al Bósforo y desembarcaban en Gallipoli sus primeros regimientos, nadie, en San Petersburgo, en París, ni en Londres, nadie se hubiese atrevido á prever, á presentir, á imaginar la magnitud de los sacrificios futuros. La ambición del zar consistía en añadir una nueva audacia á las que Europa había tolerado, y recorrer, sin despertar grandes iras, una etapa más en la senda que consagraba el vasallaje de Turquía. Francia é Inglaterra, después de una campaña diplomática irroprochable, esperaban que una demostración militar limitada bastaría para coronar los esfuerzos de sus negociadores. Mientras tanto, había estallado la lucha entre rusos y otomanos. Al principio los aliados buscaron á

sus enemigos en las márgenes del Danubio. Algo más tarde, no sabiendo adónde ir, se embarcaron para Crimea, sin caballería, sin material de sitio, más bien como aventureros que como soldados de grandes guerras. Las mejores temeridades son las que se prosiguen hasta el fin. A la audacia del desembarque, á la fortuna de una victoria no se unió la temeridad suprema que quizá hubiera conquistado á Sebastopol. Vióse entonces una cosa extraña, inaudita, una ciudad que se fortificaba en presencia del enemigo. Hubo obstinación de una y otra parte. De 40.000 hombres, las tropas francesas fueron aumentadas sucesivamente hasta 60, 80, 100 y 140.000 hombres. Ingleses y rusos reforzaron sus efectivos en la misma proporción. Los turcos, en favor de quienes se combatía, fueron los únicos que permanecieron inmóviles, prestando servicios, contando los golpes, muriendo en gran número, pero sin gloria, y poniendo toda su confianza en el Profeta. ¿Se batallaba realmente por ellos? De los Santos Lugares, del protectorado de las iglesias cristianas, de todas aquellas primitivas causas del conflicto, ¿quién se acordaba ya? Cuando los niños se pelean por un juguete, empiezan por romper el juguete bajo sus plantas, y siguen peleando. Lo mismo hacen los pueblos. La empresa de Crimea conservó hasta el fin su carácter de aventura, pero de aventura que llegó á ser gigantesca y transfigurada por heroicos episodios. Todo aquello duró once meses, hasta que al fin los rusos, extenuados, abandonaron á nuestras tropas, no la ciudad de Sebastopol, sino un montón de ruinas, y de ruinas cuya tranquila posesión turbaba de vez en cuando el cañón del enemigo.

Concluida la paz, se pudo calcular lo que había costado la lucha. Las pérdidas de Francia se elevaban á 95.000 hombres, 20.000 muertos por el enemigo y 75.000 víctimas de las enfermedades (2). Habían sucumbido 20.000 ingleses, de los cuales sólo 4.000 murieron en los combates ó en los asaltos (3). Los sardos sólo habían perdido 28 hombres, muertos en la batalla de Traktir; pero á esta cifra insignificante hay que añadir más de 2.000 defunciones ocurridas en los hospitales, principalmente á consecuencia del cólera (4). Las pérdidas de los turcos, por falta de datos precisos, no pudieron evaluarse, pero se calcula que no bajaron de 30.000 hombres, caídos casi todos en los combates del Danubio ó atacados de enfermedades en los campamentos de Crimea. Por lo que toca á los rusos, la disparidad de los diversos informes no permite precisar la

(2) Doctor Chenu, *Rapport au conseil de santé sur le service médico-chirurgical à l'armée d'Orient*, pág. 579. El informe del ministro de la Guerra al emperador (*Monitor*, 25 de octubre de 1856) sólo hace ascender las pérdidas á 69.220 hombres. Esta diferencia parece depender en gran parte de que el Dr. Chenu incluye en su informe más de 15.000 hombres muertos de resultados de sus heridas ó de enfermedad después de haber sido repatriados.

(3) Declaraciones de lord Panmure, secretario de Estado en el departamento de la Guerra, Cámara de los lores, 8 de mayo de 1856 (*Parliamentary debates*, *Third series*, tomo CXLII, página 187).

(4) Véanse las declaraciones del general La Marmora en la Cámara de los diputados de Cerdeña, 16 de marzo de 1857 (*Atti del parlamento subalpino*, pág. 1009). Véase también el *Etat du docteur Chenu*, según los documentos proporcionados por el doctor Antonio Comisetti, presidente del consejo de sanidad del ejército italiano (Chenu, *Rapport au conseil de santé*, pág. 614).

(1) Véase el Informe del ministro de la Guerra (*Monitor* del 25 de octubre de 1856).

cuantía de sus sacrificios. Los cálculos al parecer más dignos de crédito fijan en 110.000 sus muertos de herida ó enfermedad (1); evaluación muy incompleta, pues no comprende las víctimas del tifus durante el segundo invierno, ni el número seguramente inmenso de los que sucumbieron en los largos caminos de Rusia antes de llegar á Crimea. En resumen, juntando todos los elementos que la estadística nos proporciona, puede fijarse, sin temor alguno de exageración, en un mínimo de 300.000 hombres el fúnebre tributo que la guerra de Oriente costó á los ejércitos beligerantes.

Los actores de aquel gran drama parecieron destinados á una especie de destino trágico. Casi ninguno de los que intervinieron en los comienzos de la empresa vió el desenlace. El emperador Nicolás, autor originario de la catástrofe, desapareció mucho antes de las luchas finales. Saint-Arnaud, el primer jefe del ejército francés, no desembarcó en Crimea sino para vencer y morir; ocho meses después la misma epidemia que le había arrebatado causó la muerte á lord Raglán. El general Bizot, que empezó la trinchera ante Sebastopol, cayó bajo las balas enemigas sin haber concluido su obra. Entre los rusos, Khornilof, Istomine, Nakhimof, los tres gloriosos almirantes que personificaban la resistencia, perecieron en los muros mucho antes de que la defensa hubiese agotado sus últimas fuerzas. Aun los que no sucumbieron cedieron el puesto á otros, como si tuviesen que relevarse varios jefes para la empresa. Canrobert, que sucedió á Saint-Arnaud, fué á su vez reemplazado por Pelissier, que recogió el fruto de la victoria; á lord Raglán sucedió el general Simpson, que fué, al final de la guerra, relevado por el general Codrington: al príncipe Menschikof sucedió el príncipe Gortchakof, el cual, á principios de 1855, entregó el mando al general Luters. En Francia, la misma y singular fatalidad se extendió á los que concurrieron de lejos á la expedición. El ministro de Hacienda, Sr. Bieneau, que hizo la obra posible organizando los empréstitos, murió el 8 de septiembre, justamente el día de la toma de Malakof. El ministro de Marina, Sr. Ducos, que había dirigido los transportes, sucumbió poco tiempo después. En fin, el almirante Bruat, comandante en jefe de la escuadra destinada á repatriar el ejército, fué víctima de un ataque fulminante de cólera casi á la vista de las costas de su patria.

Todo fué extraño en esta guerra, ó más bien en este duelo. Tuvo efecto en un campo cerrado, pues cada uno de los adversarios se había atrincherado en una posición inexpugnable desde la cual ni podía desalojar á su enemigo ni ser desalojado por él. Este campo cerrado se encontró situado en un país remoto, apartado de las rutas frecuentadas, y como elegido ex profeso para no turbar el reposo de Europa, ni importunar siquiera sus regocijos. No fué la guerra grande con sus amplias combinaciones estratégicas, sino un perpetuo esfuerzo contra las distancias, contra los elementos, contra todo lo que desconcierta ó abate á los hombres. Franceses y rusos se hallaban igualmente aislados de su país, los unos por el mar y los otros por las estepas, más infranqueables que el mar mismo; de ahí obstáculos sin fin

(1) Doctor Hubbeneth, *Service sanitaire des hopitaux de Crimée*, apéndice n.º 2, pág. 9.

para abastecer á los ejércitos, para hacerlos vivir y para alimentar la guerra. Se tuvo que hacer frente á todas las calamidades, al incendio, á las explosiones, á los hielos, á las tempestades, al cólera, al tifus. En las campañas ordinarias, las tropas, al despuntar el día, salen de sus campamentos; y las distracciones, las marchas, la novedad de los aspectos hacen olvidar á los camaradas que han sucumbido en el camino: en Sebastopol y en la meseta de Quersoneso, sitiadores y sitiados vivían en presencia de sus muertos, hollaban cada día los parajes en que dormían sus compañeros y en que quizá dormirían ellos al día siguiente. Esta lucha despierta esa especie de curiosidad que excitan las cosas que no han de volverse á ver. Marca el fin de un sistema; son los últimos días de los buques de vela, de los cañones lisos, de los ataques regulares de las plazas. Marca también el fin de la antigua cortesía militar: por última vez, sin duda, se habrá visto á combatientes que nada añaden á los rigores necesarios, que aprovechan los intervalos de la matanza para probarse tristemente sus mutuas simpatías, que se exasperan á menudo contra los obstáculos, pero nunca contra los hombres. Otras guerras vendrán: ninguna se parecerá á ésta: revestirán otros caracteres, menos mortíferos quizá á causa de su breve duración, pero sombrías, crueles, implacables, ya porque la precisión matemática del arte moderno cuida más de que los golpes sean más mortales que leales ó brillantes, ya porque la lógica bastante sensata de nuestra época desdeña todo miramiento cuando el odio ha armado los brazos, y juzgue la guerra inútil ó impía cuando no fermenta en los corazones ningún resentimiento nacional.

Como todos habían cumplido igualmente su patriótico deber, todos pudieron envanecerse por igual. Los rusos no cuidaron de ocultar su dolor, ni de velar sus duelos. En las alturas del Norte, al otro lado de la bahía grande, los huesos de los que habían sucumbido fueron reunidos en un inmenso cementerio que en seguida fué objeto de una viril y tierna veneración. Allí se alzan, delante de Sebastopol, las tumbas fraternales de los soldados: entre ellas se levanta, á intervalos, algún monumento más adornado, último asilo de los jefes que duermen en medio de sus compañeros de armas. Para que no pereciese nada de tan noble episodio nacional, el zar fundó un Museo llamado de Sebastopol en que se reunieron todos los recuerdos del sitio, los boletines de los regimientos, las memorias manuscritas, anales de la heroica defensa. La Gran Bretaña tampoco escatimó á sus muertos los testimonios de su gratitud y de su triste orgullo. Guarda fielmente sus cementerios que se extienden por todos lados, ya porque así lo haya querido la casualidad, ya porque los ingleses, hasta en la muerte, quieren ocupar mucho sitio. En el suelo de la madre patria se hallan las señales de semejante solicitud: en San Pablo destinóse un cenotafio á honrar la memoria de las víctimas de Inkermann: en frente de la Abadía, una columna con una admirable inscripción glorificó los nombres de los alumnos de la Escuela de Westminster que «dieron su vida por su país;» en la plaza de Waterloo erigióse un monumento á los 2.162 soldados de la guardia inglesa muertos durante la campaña; en fin, acá y acullá, en los viejos muros de los colegios, varias inscripciones, recuerdos

de fiel amistad, evocan el recuerdo obscuro y conmovedor de los que sucumbieron.

Mas heroica que su rival y que su aliada, Francia cuidó menos de inventariar su gloria. En junio de 1856, habiendo pedido el Senado que una columna conmemorativa recordase las proezas del ejército, el emperador, por un espíritu excesivo de economía, juzgó que las cargas del Estado no permitían realizar semejante proyecto. A falta de monumentos fastuosos, las aclamaciones del regreso, la emoción que causaron las banderas ennegrecidas ó rotas, el recogimiento de las exequias, todo reveló las grandes, universales y profundas simpatías públicas. En cada hogar se conservaron piadosamente las pobres y santas reliquias de los gloriosos muertos. Las correspondencias fueron sobre todo fielmente guardadas. He leído muchas de esas cartas amarilleadas por el tiempo y como ajadas por las lágrimas maternas. En ellas revive el genio mejor de Francia. En todas palpita el heroísmo, un heroísmo ignorado, con pasajeros reflejos de grandeza y hasta de desaliento que las hacen más verdaderas, más humanas y más conmovedoras. Se me figura que á Plutarco le hubiera gustado leer algunas de esas vidas obscuras, apoderarse de algunos de esos fragmentos y animarlos con su colorido inmortal. Los héroes de Sebastopol tendrán sucesores, pero de otra fisonomía, más positivos, más científicos, de un relieve más vigoroso aunque menos delicado, más absorbidos en el mecanismo de una dirección todopoderosa. Aquellos, en su campo cerrado de Crimea, nos aparecen como los últimos guerreros, como los últimos paladines. Ellos mismos no lo ignoraban y en sus cartas se burlaban un poco del «*quijotismo de la guerra en que se hallaban metidos*.» Su muerte dejó vacíos que no se llenaron, y la frase de Tucídides resultó otra vez cierta: «Atenas ha perdido su juventud, Atenas ha perdido su primavera.»

¿Cuál fué el premio de tantos duelos? ¿Cuáles fueron los beneficios de la guerra de Crimea?

Desde que terminó el congreso de París reinó en Europa un vivísimo sentimiento de la inestabilidad de la obra que se acababa de realizar. En Inglaterra, lord Palmerston y lord John Russell estimaban que el resultado superaría á todas las esperanzas si las condiciones impuestas á Rusia podían ser mantenidas durante diez ó doce años. En Austria, el anciano príncipe de Metternich escribía: «Sebastopol no vale lo que ha costado;» y añadía: «Esto es la paz, pero no la paz del orden (1).» En Francia, los más graves observadores de la política, Guizot, Tocqueville, Montalembert, ocultaban difícilmente, en medio de la alegría general, sus inquietudes para lo porvenir. Antes de que sucumbiese Sebastopol, Bosquet, el más ilustre de los soldados de Crimea, manifestaba en una página previsora hasta la profecía sus temores de que fuesen vanos tantos esfuerzos. «De esta guerra, escribía, Francia no recogerá más que un poco de gloria; puede perder en ella sus mejores soldados, y, por consiguiente, sus medios de resistencia á una invasión ruso-alemana, cuando se quede sola, abandonada por Inglaterra, cuyos intereses son diferentes de los nuestros, á pesar de la alianza. ¡Pobre

(1) Carta á lady Westmoreland, 24 de mayo de 1856. (Metternich, *Mémoires*, tomo VIII, pág. 395.)

Francia! Siempre con la espada en la mano, batiéndose por Dios y por el derecho, y siempre sola al fin de las luchas, pagando los progresos del mundo civilizado con su sangre más pura y con el último escudo de sus ahorros!..»

A pesar de estos sombríos pronósticos, la inteligencia, haciendo un esfuerzo para sacudir la atormentadora preocupación de lo que siguió, puede figurarse el congreso de París como el punto de partida de una era, no confusa y turbada, sino tan pacífica como gloriosa. Los tratados de 1815 se encontraban virtualmente abolidos en sus estipulaciones humillantes; en cambio, eran mantenidos, remozados en sus reglas seculares de equilibrio europeo; y era en París, bajo los auspicios del sobriño del emperador, que recibían su nueva consagración. Merced á su victoria, merced al resplandor algo ficticio, pero muy brillante, de su reinado interior, merced á la consolidación de su dinastía que el nacimiento de un hijo parecía asegurar, merced á su moderación magnánima, Napoleón III era un privilegiado de la fortuna, árbitro de las naciones. En aquel momento, único en su vida, le estaba permitido tener por aliado en Europa á quien le diese la gana, ó más bien hubiera tenido por aliado á Europa entera, con la condición de no molestarle para sus travesuras peligrosas, ni de atraerle á corrientes contrarias á sus caprichosos empeños. Considerando únicamente los resultados materiales, las ventajas de la expedición de Crimea eran escasas; pero eran inmensas, inapreciables, si esta guerra marcaba la inauguración de una política verdaderamente pacífica, de una dinastía verdaderamente nacional. Puede decirse sin temor; si tal hubiese sido el porvenir, los muertos de Quersoneso no hubiesen vertido por una causa indigna de ellos los raudales de su sangre generosa.

Habría una cruel irrisión en prolongar esta falaz hipótesis. Ya entonces desmintióla un incidente que sobrevino.

Al firmar en 30 de marzo el tratado de París, el congreso no había considerado su misión enteramente cumplida. La paz había de ser tan humanitaria como sangrienta había sido la guerra. Para completar su obra, los plenipotenciarios juzgaron oportuno introducir en el derecho internacional ciertos principios contestados. Declararon abolido el corso. Sentaron como regla invariable: 1.º, que el pabellón neutral cubre la mercancía enemiga, á excepción del contrabando de guerra; 2.º, que la mercancía neutral, á excepción del contrabando de guerra, no es secuestrable bajo pabellón enemigo. Proclamaron, en fin, que los bloqueos, para ser obligatorios, deben ser efectivos. Hasta aquí nada más laudable ni más correcto. Lo que sigue no lo fué tanto. Durante las conferencias, el Sr. de Cavour había permanecido silencioso. Sólo había tomado la palabra una vez á propósito de los Principados danubianos. En nombre de los veintiocho sardos muertos en el combate de Traktir, el ministro piemontés juzgaba natural que los mejores beneficios de la guerra fuesen concedidos á su país. Como el congreso no se apartaba bastante pronto de su programa, Cavour había consignado, en una nota de 27 de marzo á los representantes de Francia é Inglaterra, las quejas de sus compatriotas. Denunciaba los intentos del gobierno pontificio, protestaba contra las ocupaciones austriacas, criticaba sobre todo el ré-

gimen de las Legaciones y pedía que éstas fuesen provistas de instituciones autónomas. A pesar de esta invitación directa, firmóse el tratado sin que se hubiese pronunciado el nombre de Italia. Pero los amigos de Cerdeña cobraron ánimos cuando, en la sesión del 8 de abril, el Sr. Walewski invitó á sus colegas á *cambiar impresiones sobre diversos asuntos*. El presidente del congreso empezó por hablar de Grecia y acabó condenando los excesos de la prensa belga. Entre ambos extremos y como de una manera incidental, señaló la condición anormal de los Estados romanos, emitió un voto en favor de una próxima evacuación de las tropas francesas y austriacas y procedió, en fin, á una larga crítica del gobierno napolitano. Lo que Walewski acababa de decir en términos moderados y reivindicando para el emperador el título de *hijo mayor de la Iglesia*, lord Clarendon lo repitió en forma de pedimento fiscal. Esta incursión en un dominio tan imprevisible no podía menos de causar sorpresa. ¿Qué iba á ser de la independencia de los Estados si su régimen interior podía ser discutido sin hallarse representados? Esa clase de intervenciones, si se transformaban en costumbre, ¿no iban á ser fatales para los débiles siempre sometidos á las advertencias conminatorias de los fuertes reunidos en congreso? El conde Orlof se recusó, alegando que no tenía instrucciones. El conde Buol hizo lo mismo, se contuvo desde luego y protestó después. Viendo el Sr. de Manteuffel que estaba permitido hablar de todo, señaló la situación del Principado de Neuchâtel que interesaba mucho á su soberano. El turco, á quien el papa le importaba poco, guardó silencio, como de costumbre. En cuanto á Cavour, hubiera sorprendido á todo el mundo si no hubiese reproducido, acentuándolas, las quejas anteriormente explanadas. Así lo hizo, y la acusación fué completa. El 16 de abril, un segundo *memorán-*

dum del ministro sardo invitó de nuevo á los gabinetes de París y Londres á ocuparse de la situación de Italia.

Sería adelantarse á los acontecimientos el referir aquí lo que siguió, y sería exagerar el alcance del incidente el atribuirle consecuencias decisivas y sobre todo inmediatas. Oficialmente, nada fué cambiado en la Península; las notas sardas del 27 de marzo y del 16 de abril ni siquiera obtuvieron contestación. De hecho, Cerdeña había ganado poderosos protectores: éstos eran la mayor parte de los hombres de Estado ingleses, amigos de las innovaciones en odio al papismo y afición al desorden ajeno; era el príncipe Napoleón, y era, con más reserva, el emperador mismo. La cuestión italiana había sido solemnemente planteada, planteada á despecho del Austria, planteada en la más grave de las assembleas, planteada bajo los auspicios de Napoleón III. Cavour había oído murmurar en derredor suyo y hasta en las Tullerías: *Hay que hacer algo por Italia*. ¿Qué iba á ser ese *algo*? En el alma mediatunda del emperador este pensamiento iba á germinar, á desenvolverse á través de toda clase de influencias contrarias, á ser dominante al extremo de absorber todo lo demás, incluso los cuidados de la patria francesa. Desde este momento desaparecen la prudencia, la moderación de los primeros días, el ensueño de aquella política nacional que hubiera podido ser el fruto glorioso de la guerra de Crimea y el mejor que Francia podía recoger. Una idea fija atormentará el alma del soberano é introducirá un elemento de confusión hasta en sus más honrados y en sus más patrióticos intentos. En adelante, y salvo algún claro de buen sentido, la historia exterior del segundo Imperio podrá resumirse en estas palabras del canciller Oxenstiern á su hijo: «Hijo mío, te asombrarás de ver con qué poca sensatez es gobernado el mundo.»

LIBRO NOVENO

EL IMPERIO, EL CUERPO LEGISLATIVO Y LOS INTERESES ECONÓMICOS

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—El gobierno interior desde 1852 hasta 1856; doble carácter del régimen imperial: éste es á la vez *represivo y progresivo*.—Medidas de represión.—Actividad inteligente y generosa: nuevos asuntos que reclaman la reglamentación del Estado: el *Crédit foncier* (crédito territorial); ferrocarriles y su desarrollo durante el segundo Imperio: los servicios de navegación y los buques transatlánticos: organización y extensión del servicio telegráfico: leyes diversas.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Por qué procedimiento parlamentario se transforman en ley los proyectos que se acaban de enumerar.—El Consejo de Estado: extensión y causa de su crédito: sus principales miembros; espíritu que le anima.—El Cuerpo legislativo: su composición: en qué consiste su independencia: su espíritu de rivalidad respecto al Consejo de Estado: algunos de los rasgos principales que caracterizaron al Cuerpo legislativo durante el segundo Imperio: el Sr. de Morny sucede al Sr. Billault; su influencia; secreto de esta influencia; de cómo domina á los diputados.—El Senado: ¿será éste una resurrección de la Cámara de los Pares? Notas del *Monitor*: á qué se reduce la acción de este gran cuerpo y causas de su obscurecimiento.
- III.—Los intereses de la vida social durante el segundo Imperio: *Miserias y esplendores*.—Las miserias: la crisis alimenticia, su intensidad, su duración; la caja de la corporación de panaderos, apertura de créditos, remedios diversos.—El cólera y sus estragos.—Las inundaciones en 1855 y sobre todo en 1856.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—De cómo los sufrimientos políticos desaparecen bajo los brillantes resplandores del reinado.—La especulación: hasta qué punto se extiende, causas que la facilitan, ineficacia de las protestas.—Las fiestas de la corte: mezcla extraña de alegrías locas y de misticismo.—La Exposición universal: su preparación; contratiempos diversos y éxito final: interés que le presta la importante transformación industrial con que coincide.—Transformación de París: proyectos anteriores al Sr. Haussmann: el Sr. Haussmann: su llegada á la Casa de la ciudad, su carácter: fines diversos que persigue: sus primeras empresas: de qué modo son juzgadas por el Cuerpo legislativo: opinión pública: subida de los alquileres: primeros beneficios de las expropiaciones.—Estado de París en 1856.—De cómo este año de 1856 puede considerarse como el apogeo del reinado: lenguaje altivo y hábil del emperador: su omnipotencia.

I

La guerra de Crimea llena los primeros años del segundo Imperio: constituye su grandeza, su brillo, su poesía, poesía tan sublime como terrible; llena el vacío de las libertades perdidas; disimula bajo las imágenes de la victoria todo lo que falta ó le ha sido arrebatado á la vida nacional: proyecta sobre el positivismo de los tiempos nuevos reflejos heroicos en que todas las manchas se absorben y desaparecen: lo enaltece todo y en particular el ejército, ayer instrumento de represiones dudosas y hoy arrojado á una empresa gloriosa que borra todas las discordancias ó las hace olvidar. Napoleón III no podía ambicionar para su reinado un prefacio más magnífico; y se comprende que en el momento de la paz se mostrase poco exigente sobre los beneficios de la lucha, al extremo de dejarlos escapar. Los verdaderos frutos de la victoria eran la nueva consagración de su nombre, la impotencia futura de los partidos y, sobre todo, á los ojos de Europa como á los de Francia, la legitimación de su advenimiento al trono.

Hemos referido esta larga guerra sin interrumpirla: toda otra narración hubiese resultado pálida ante ella. Hemos de retroceder ahora un poco, escapando al ruido de esa Sebastopol atacada y defendida con igual obstinación; hemos de describir la vida interior, registrar en medio del silencio universal los latidos algo moderados del corazón de Francia. Mientras nuestros soldados son en Crimea los instrumentos de una política

ideal, desinteresada, caballeresca hasta la necedad, reinan en el interior las preocupaciones positivas y materiales; pero estas mismas preocupaciones tocan tan de cerca á la condición social y económica de la nación, que no es lícito dejarlas en la sombra ni ignorarlas.

En este primer período del reinado, desde 1852 hasta 1857, domina una doble preocupación en las regiones oficiales: fortalecer á toda costa la autoridad y asegurar luego á esta autoridad misma un poder iniciador y benéfico tan considerable, que todo mejoramiento moral y económico parezca derivar de ella y sólo de ella. El gobierno imperial se distingue por dos rasgos: es á la vez *represivo y progresivo*. Con una energía llevada hasta la brutalidad, impone la obediencia; pero al mismo tiempo se aplica á rodearla de tantas ventajas que la servidumbre sea más popular que la libertad. Su ambición consiste en realizar por vías dictatoriales todo el bien que hasta entonces sólo se ha realizado incompletamente ó á través de mil obstáculos, y en determinar así un paralelo halagüeño entre los mezquinos procedimientos de los regímenes caídos y la conducta resuelta del nuevo régimen. Amenaza y bendice; intimida y galardona; asume todos los favores y los distribuye luego como lluvia bienhechora, pero que sólo cae sobre los que le temen. Se engríe de una justicia rigurosa y sumaria, de la cual dicen que es más esclarecida que la lenta justicia de antes. Lleva dos registros, el de los castigos y el de las recompensas; y unas y otros son igualmente ilimitados. Por donde acaba de pasar el polizone que vigila, el gendarme que prende, la comisión